

El Caracol Fermín (cuento)

Fermín es un caracol al que le gusta mucho hablar. Habla por el día, por la noche, cuando llueve, cuando trepa por los árboles, cuando se refugia en su grieta favorita... Pero siempre habla solo... Quizás por eso todos los animales que le ven piensan que "es un bicho raro". Pero en realidad Fermín no es ningún tipo raro, tan sólo es un caracol parlanchín, el único que vive en la orilla derecha del arroyo. No puede evitar sentirse sólo porque conoce a muchos otros animales del bosque, como el búho, el ratón o el grillo, pero ninguno de ellos habla en el idioma caracol, y por eso no le hacen caso.

En sus largos paseos nocturnos Fermín nunca se ha encontrado con otros caracoles, ni ha visto por ningún rincón los delicados hilos de plata que los caracoles dejan tras de sí cuando salen a pasear. Su única compañía siempre había sido su sombra de caracol, una silenciosa, lenta y redondeada silueta de caracol.

Una tarde de verano, durante un fresco atardecer, Fermín por fin encontró un nuevo amigo. Era también silencioso, como su amiga-sombra, pero al menos tenía el aspecto de un verdadero caracol. Fermín había descubierto que al acercarse al borde del arroyo, donde las aguas se mantenían tranquilas, un caracol submarino se asomaba y se acercaba a saludarle. Al principio no podía creérselo... ¡Había encontrado un caracol y estaba allí mismo! ¡Un caracol!

Fermín se entusiasmó tanto que, sin pensarlo dos veces, se acercó al borde del arroyo y dio un pequeño salto para darle un abrazo y saludar a su nuevo amigo, pero nada más meterse en el agua el extraño caracol había desaparecido entre las ondulaciones y su imagen se perdía en el arroyo sin dejar rastro, ni un sólo hilo de plata...

– ¡No, no te vayas, vuelve, amigo! – le gritaba desesperado Fermín, pero con el susto Fermín había dado un respingo y se había salido del arroyo, así que ya no podía ver al misterioso caracol submarino. Fermín estuvo moviéndose de un lado para otro, siguiendo el borde del arroyo, pero no conseguía ver de nuevo al caracol. Además, conforme pasaba el rato el cielo se iba oscureciendo y todo se fue llenando poco a poco de la oscuridad de medianoche. Fermín siguió buscando a su nuevo amigo durante un rato más por los alrededores, pero por mucho que le llamaba, no obtenía respuesta alguna.

Esa noche Fermín se sintió especialmente triste y solo, y su soledad le trajo algunos recuerdos, también tristes, de otros momentos solitarios. No tenía apetito, así que no comió ninguna brizna de hierba. Se dedicó a mirar absorto el cielo, las nubes, algunas estrellas y una luna vacía, la luna nueva. Revivió los mejores recuerdos de su infancia... y también los peores.

Esa noche de verano era de las que amenazaban tormenta. A Fermín solían gustarle los aguaceros de verano, porque podía dar paseos sobre las hierbas tibias y húmedas, como solía hacer cuando era pequeño. Fermín había nacido al comienzo del verano, dos años atrás, en una semana extrañamente lluviosa de finales de junio. Nació junto a otros nueve hermanos, bajo el cobijo de una gran zarzamora que todavía sigue creciendo y dando sus negros y dulces frutos junto a la orilla del río. Fermín se llevaba muy bien con ellos. Le gustaba jugar sobre todo con uno de sus hermanos, Miguel. Jugaban a seguir los hilos de plata del resto de sus hermanos como si se tratasen de las misteriosas pistas de un mapa pirata...

– ¡Miguel, mira! Aquí dice que hay que girar cien conchas a la izquierda, y después trepar a la rama quebrada del árbol maldito, allí estará el tesoro...

– Vamos, Fermín, sigamos las pistas brillantes...

Fermín sonrió al recordar a su hermano, pero inmediatamente su gesto cambió. Recordó con tristeza el día en que se quedó solo.

De aquello hacía ya tiempo, pero los recuerdos no habían perdido ni un ápice de su nitidez. Eran todos aún pequeños caracolillos que cada noche exploraban el mundo y aprovechaban las lluvias de media tarde para corretear por la pradera, su paraíso de barro repleto de tiernos pastos de hierba. Una noche, Fermín y sus hermanos habían estado buscando nuevos sabores de hierbas frescas junto al arroyo y al llegar el amanecer buscaron refugio bajo unas piedras. Por la mañana temprano los caracolillos dormían plácidamente dentro de sus conchas, cuando un inesperado visitante interrumpió su sueño.

Por la mañana, un mapache hambriento se había acercado a la orilla del arroyo para beber un poco de agua, y al husmear en el aire, enseguida percibió el olor empalagoso que desprendían los caracolillos, que descansaban tranquilamente bajo unas piedras, a tan sólo unos centímetros del mapache. Éste, fue levantando una a una las rocas hasta que dio con las dos piedras donde dormían los hermanos de Fermín. El mapache fue devorándolos con avidez hasta que su hambre quedó saciada. Después, sin más, se marchó en dirección al bosque, hacia su madriguera. Fermín era el único caracol que no había sido devorado por el mapache y, curiosamente, a pesar del ruido y las vibraciones de las piedras removidas Fermín había seguido dormido durante todo el día.

Se despertó al caer la noche y salió de su escondrijo rocoso con ganas de repetir las travesuras que había hecho junto a sus hermanos la noche anterior, llenando se baba de caracol las entradas de varios hormigueros cercanos. Fermín, al acercarse a las piedras en las que habían descansado sus hermanos notó algo diferente: un poco de hierba arrancada en el suelo, algunas rocas vueltas del revés... Y lo más importante de todo: ¡No veía a sus hermanos por ninguna parte! Tampoco había ningún hilo de plata, ni rastro alguno que seguir para ver dónde podían estar sus hermanos.

– ¿Dónde se habrán metido estos gamberros? ¿Me estarán gastando una broma y habrán empezado a jugar al escondite sin avisarme? – se preguntaba Fermín.

Se puso a buscarles por los alrededores, pero no consiguió ver ni rastro de ellos, y así, un día tras otro, Fermín siguió buscándolos cerca de arroyo, de la mata de zarzamora, del árbol quebrado... Sus lugares preferidos para comer o jugar estaban más vacíos que nunca, y todo se llenó de soledad.

Tras pasar casi toda la noche vagando por los alrededores del arroyo, entristecido por sus recuerdos, Fermín se quedó al fin quieto, con la mirada perdida entre los juncos de la orilla izquierda del arroyo. No miraba nada en particular, tan sólo el suave movimiento de los juncos, su balanceo hipnótico, tan relajante... Por un momento sintió algo de paz.

– Esos juncos... Ese brillo tan especial que tienen... ¿Qué es lo que brilla en esos juncos? ¿Es mi imaginación o lo que estoy viendo son hilos de plata de caracol? – se preguntaba sorprendido Fermín.

Estiró sus ojillos telescópicos de caracol para ver mejor aquello que parecía tan sólo una ilusión...

– ¡Sí, sí que son hilos de plata y bien frescos! ¡Hay caracoles en la orilla de enfrente! – dijo entusiasmado Fermín.

Lo primero que pensó era en atravesar lo más deprisa posible el arroyo, por la zona en la que menos cubría, yendo bajo el agua si fuera preciso... Pero enseguida descartó lo de bucear, porque nunca lo había probado, y además, su instinto le decía que lo de sumergirse por completo mejor era dejarlo para los peces.

– Piensa, piensa Fermín... ¿Cómo se puede pasar a la otra orilla? – se decía a sí mismo, mientras daba vueltas en torno a un pequeño charco.

La solución la tenía delante: el suave movimiento de los juncos hacía que los de una y

otra orilla se rozaran en sus puntas, acariciándose continuamente. La idea era arriesgada, pero tenía que funcionar, de lo contrario, caería al agua del arroyo y probablemente moriría ahogado.

Respiró hondo, cogió impulso y comenzó a trepar por el junco más alto, el que más veces rozaba los juncos de la otra orilla. Siguió subiendo por el tallo y el junco comenzó a balancearse, mecido por el viento. Casi sin darse cuenta, estaba en el otro lado, sobre otro junco, bajando por el tallo... ¡Lo había logrado, había cruzado el arroyo!

¡Y ahí estaban, esos preciosos hilos de plata de caracol! Había varios, parecían perseguirse, unos sobre otros... Por fin los había encontrado. ¡Qué divertido seguirlos! Y por fin... por fin dejaría de estar solo.

Autora: Ana Osés Erdociain

Este cuento lo presenté al I CERTAMEN DE CUENTOS INFANTILES CARMEN ROS de Burlada y obtuve un áccesit.

© Ana Osés